

EJEMPLO N.º 2

Evaluación de actitudes en una misa de domingo

"Fuimos a Misa el domingo" nunca puede decirse al unísono.

A veces, la manera de decirlo puede suponer una polifonía.

Y, de vez en cuando, es imposible toda armonía entre los que hacen esa misma afirmación.

Con mucha frecuencia, al pretender evaluar el nivel del cristianismo de un país, de un grupo social, de una ciudad, se ha utilizado la estadística de asistencia a la Misa dominical.

Hoy existe la tendencia de rechazar este dato, como poco orientador, si no se analiza bien. Da unas cantidades y porcentajes; pero aporta muy poco respecto a la calidad de esa asistencia, a la integración de las personas en lo que se realiza en la asamblea eucarística y en el grupo que la vive.

Vamos a ofrecer unas pistas de evaluación en la asistencia de unos mayores a la Misa de un domingo. Es lo mismo que hacer un intento de medida de la calidad de su cristianismo.

Dicho de otro modo: vamos a intentar medir la "receptividad", "respuesta", "valoración", "generalización", "caracterización" ante un hecho tan importante como la celebración eucarística. Podría decirse de otra forma: medir el interés, apreciación, actitudes, valores, ajustes personales que supondría para un cristiano el ir a Misa el domingo.

Para ello podría aplicarse la escala estudiada en el artículo anterior en una catequesis con alumnos. Aquí vamos a fijarnos especialmente en los ajustes previos que cada asistente lleva consigo al templo. Si esos ajustes pueden llamarse en un caso

distracciones, preocupaciones personales o llegan a ser ya verdaderas actitudes sería difícil o, mejor, habría que estudiarlo en cada caso.

El sistema que seguimos es bastante sencillo: reflejar en alta voz las preocupaciones, ajustes o actitudes en muchos de los que allí están, sin intentar ni la estadística ni la clasificación, sino un muestrario bastante policromo, como creemos se presenta en la vida de cada domingo.

Al prescindir de toda exposición sistemática, no pretendemos ser exhaustivos, ni que aparezca, indirectamente, una profundización de las actitudes más fundamentales en un cristiano que asiste a la Misa dominical. Estos aspectos positivos se presuponen explicados a los niños o a los adultos en sus respectivas catequesis: sentido de los sacrificios en el AT con sus ritos y cómo los vivía la Asamblea del Pueblo. La Cena paschal y su historia hasta el momento en que Jesús instituyó la Eucaristía. La Cena que vivió e instituyó Jesús. La Misa en los tiempos de la primitiva Iglesia. Y su evolución hasta nuestros días. A través de una catequesis sobre todos estos aspectos es posible que lográsemos unas actitudes más ricas en los cristianos que asisten a las Misas de los domingos.

[Puede consultarse la Programación del P. García de Dios: "La Iglesia da culto a Dios" editada por PM y que

corresponde al tema 3 de los publicados el curso 1970-71 para los de Cuarta Curso de EGB-2.

También arbitrariamente hemos elegido seis momentos característicos para agrupar las actitudes de los asistentes. Como sólo intentamos presentar un procedimiento, la aplicación a cualquier otro de los momentos de la Misa es bastante sencilla.

MOTIVACIÓN:

Se trata de la Misa de 10,30 en una parroquia bastante céntrica de una ciudad cualquiera. Las reflexiones que ponemos a continuación, reflejan ese pensamiento semiconsciente de los que se están preparando en la casa para ir a la Misa o ya van por la calle camino de la iglesia. Algunos están en casa afirmando su negativa con sus razones. O, desde luego, con sus hechos.

Quizás las actitudes de motivación sirvan para entender muchas de las otras actitudes que se tienen durante la misma Misa. Y desde luego, son enormemente orientadoras sobre la calidad del cristianismo de los que asisten a esa Misa.

Dña. Matilde a su hijo Jorge: Tienes que ir a Misa porque ya tienes siete años y ya hiciste la Primera Comunión.

D. Julián, apoderado de un Banco: Yo creo que a Dios se le debe dar, al menos, media hora cada semana. Margarita, alumna de COU: Yo no voy a Misa porque no quiero. Un acto religioso, para que valga, tiene que ser libre.

Margarita madre, contestando a su hija Margarita: Está mandado oír Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar. No hacen falta más razones.

Margarita, alumna de COU: El precepto lo que manda no es oír Misa, sino vivirla, comprometerse en ella, tomarla en serio, la Misa y la vida... [A pesar de todo, Margarita sale hacia la iglesia.]

Ignacio, estudia primero de ingeniero naval: Yo estoy pasando por un período en el que no creo: todo lo tengo en duda. Por eso no voy a Misa. No quiero realizar una farsa. Ni ir por cumplir. Mientras que no creo, si voy, me parece que sólo cumplo con un imperativo categórico que nace de mí mismo y de mis hábitos; creo que obedezco a algo, no a Alguien.

Dña. Magdalena, viuda desde hace tres meses: Desde que murió mi marido, es la única salida social que puedo hacer que esté bien vista.

Sor Ángeles, enfermera en el Hospital: Yo quiero ir a recibir a Jesús. Amalia, quinto de bachillerato: Quedé con mis amigas a la salida de Misa para ir al Náutico.

Ernesto, empleado en el despacho de una librería: Hoy iré a mi parroquia a la Misa, pero me gusta más ir a las Capuchinas. Allí dicen la Misa en gallego: es preciosa.

Jorge, que hizo la Primera Comunión hace muy poco: Quiero ir a Misa porque los que se quieren y creen en Jesús se reúnen junto al altar para comer el pan sagrado que Él inventó. Papá no va. Se queda en la cama.

Andrés, guitarra bajo de un conjunto que está abriéndose camino por las salas de fiestas de medio pelo: Yo suelo ir a la Misa de la Juventud: allí los jóvenes nos expresamos como queremos. Hoy no hemos podi-

do reunirnos todos, porque está enfermo el batería. Por eso vengo a mi parroquia.

D. Emilio, secretario permanente de una Asociación religiosa: Yo voy a la Misa de Juventud (después, claro, voy a otra que me valga). No me explico cómo permiten semejantes cosas. Si los jóvenes no quieren cantar gregoriano, como nosotros cuando éramos jóvenes de A.C., que canten salmos de Manzana, que ya está bien, pero no eso que es casi improvisar y decir lo que se les ocurre allí mismo, en la misma iglesia.

Dña. Isolina, esposa del Director de la Filial del Instituto Masculino: El P. Ambrosio habla muy bien. No me pierdo ninguna de sus misas.

D. Álvaro, mientras patea el coto de caza: No voy a dejar la caza para ir a Misa. La víspera: los preparativos. Hoy: el madrugón. Y por la tarde vuelves molido.

Lucas, mecánico electricista, que acaba de convertirse por una serie de sucesos que trastocaron completamente su vida: Nunca me siento más cristiano que, cuando en la Misa, llamo a Dios "Padre nuestro" con todas las demás personas a las que ni siquiera conozco, pero que llaman también Padre al mismo Dios que yo.

La mamá de Julito, que tiene cinco años: ¡A ver si te portas bien en la Misa, y estás todo el tiempo quieto y en silencio, atendiendo a lo que dice el padre! Yo no te puedo dejar en casa solo y tengo que traerte ¿comprendes?

Sor Cristina, compañera de Sor Ángela en el Hospital, pero que sufre muchísimo, porque, desde hace unos cuantos años, todo le amarga: Tengo que ir a la iglesia a coger fuerzas. Sólo pensar en el sacrificio de Jesús en la Cruz, me da ánimos para seguir en esta vida. A ver si al rezar con los demás, por fin Dios quiere escucharme.

ASAMBLEA:

Si la Misa reúne a una Asamblea, a un grupo, un examen de actitudes debería montarse sobre el análisis de los componentes de un grupo, su proceso de formación y su dinámica, papeles grupales, ajustes... Utilizaremos esto de una manera indirecta. Observemos lo que va pasando y lo que van sintiendo por dentro:

Los asistentes van llegando a la iglesia. Unos se colocan en sitio indiferente. Otros en sitios tópicos. Otros en sitios estratégicos. Otros en el único sitio que ya les queda.

Hay que reconocer que la forma de la iglesia no ayuda nada para que los asistentes se sientan grupo, agrupados en torno al altar. Una nave central larguísima. Unas escalinatas separando el presbiterio. Las naves laterales entre cuyas columnas queda mucha gente. Pero buena, como nadie se la ha dicho, casi nadie cae en la cuenta de que se encuentra frente a un altar y frente a un sacerdote. No agrupados en torno a un altar con el sacerdote entre ellos. Los que van llegando, casi por instinto, o por necesidad, buscan y miran a los demás: a los conocidos, a cómo viene la gente, a los del puesto privilegiado...

Sale el sacerdote y todos se ponen de pie. ¿Qué se habrá formado? ¿Un archipiélago (= conjunto de islas)? ¿Una vid con sarmientos? ¿Una nueva Última Cena en torno a una mesa? Vamos a irlo viendo:

D. Julián, apoderado de un Banco: El sacerdote nos llama hermanos; hablamos en plural. Por tanto yo tengo que sentirme unido a todos éstos.

Dña. Magdalena, viuda: ¡Qué bien me siento aquí! ¡Yo en casa siempre sola y aquí, en la iglesia, me siento acompañada, con personas que creen y sienten lo mismo que yo! Margarita, alumna de COU: Estas Misas deberían suprimirse. A lo más en grupos de 50, con personas que se conocen, que se sabe creen y sienten el cristianismo de la misma manera.

D. Germán, lleno de complejos: Yo no tolero estas masas. En cuanto me meto en la iglesia me empieza un sudor frío y tengo que salirme. Es que no puedo soportarlo.

Ernesto, empleado en una librería: Desde luego en esta iglesia: Llegan tarde los que quieren, cantan horriblemente, el organista no sabe tocar, tienen una bandera española allí, al lado de la Virgen, que no pinta nada; los micrófonos silban; ya podían haber ventilado después de la Misa anterior; ¡mira que dejar ayudar a ese señor que, cada vez que se arrodilla, nos pone a todos el alma en vilo!

Jorge, que hizo la Primera Comunión hace muy poco: A mí me gustaría irme con Adolfo y con Vicente que están allí y que son de mi clase y con quienes estoy todo el día. Pero mis padres me dicen que en la Misa todos los de la familia tenemos que estar juntos. Pero papá no está.

Dña. Matilde, madre de Jorge: Ahora, con esto de hacernos levantar, hacernos contestar, no me dejan con tranquilidad. Ya no me cabe el rosario y el Trisagio dentro de una Misa.

Lucas, mecánico electricista, neoconverso: ¡Qué fuerza tendríamos todos si, igual que nos reunimos para la Misa, nos reuniésemos para todo lo demás!

D. Emilio, por la mamá de Julito: ¡Cómo dejarán correr a ese niño por el pasillo de la iglesia! ¡No se darán cuenta de que nos va a dar la Misa! ¡Ya podían dejarlos en casa y no traerlos tan pequeños a la iglesia!

P. Ambrosio, el sacerdote: En realidad, yo estoy presidiendo esta Asamblea que se ha reunido aquí. ¿Por qué se han reunido aquí y estoy presidiéndoles? Yo, porque me designó el obispo para esta parroquia, y ayer quedamos en que a mí me tocaba la Misa de 10,30. Ellos porque les convino, para sus planes, esta Misa y esta iglesia. Nos une la fe en Jesús, el querer cumplir un mandamiento, el querer vivir su cristianismo. Pero esto les uni-

ría también con los cristianos de las demás iglesias de la ciudad. Hacemos bien en llamar a esto una Asamblea ¿podríamos llamarla una comunidad?

PECADORES:

El sacerdote invita a todos los presentes a reconocer sus propios pecados. No a hacer una manifestación pública de los mismos, sino a reconocer, con su silencio, los propios pecados.

Este silencio lo van traduciendo los asistentes de estas maneras:

Sor Ángela: Hay muchos desagravios a Dios en mi vida. Y le fallé a Dios muchas veces. Dios conmigo: atenciones y cariño. Yo con Dios: fallos frecuentes y amor demasiado interesado.

Jorge, que hizo la Primera Comunión hace poco: Yo reconozco haber dicho muchos pecados. Sobre todo el otro día cuando nos metieron un gol los de la B y dije todos los pecados que me vinieron a la boca.

Matilde, madre de Jorge: Bueno, yo hoy, como el domingo pasado, no puedo sentirme pecadora. Todo lo hice bien esta semana. He cumplido todo lo que está mandado y llevé una vida tranquila. Hoy tampoco puedo sentirme pecadora.

Sor Cristina: Yo ayer fui brusca con un enfermo, impacientándome al recogerle la taza de caldo que él no daba acabado. Perdóname, Señor.

D. Julián, apoderado de un Banco: Yo, es inútil que me reconozca pecador. Total, no me pienso confesar. Es verdad que estoy engañando a mi mujer y que tengo un lío. Y que lo encubro y me disculpo. Y si fuese sincero tendría que decir que, interiormente, ya he sido infiel. Pero reconocer esto en serio es plantearme de verdad todo el problema. Hoy no. No sé si otro día...

Madre de Margarita: Fíjate que si ahora, cada uno tuviese que decir en público sus propios pecados,

qué cosas oiríamos: aquella que ha venido a Misa como si fuera a un cabaret. Y el del 15 de la calle de la Flor que todo el mundo sabe, menos su mujer, cómo tontea con una de las chicas de la oficina. Y esas tres beatonas que el día que me invitaron a su casa a tomar el té despellejaron a todas las personas de las que hablaron. Mira que si todos tuviesen que decir sus pecados en alto.

Lucas, mecánico electricista, neoconverso: Mi vida pasada, bien la conoces Tú, Señor. Si me he encontrado contigo, quiero sentirme responsable, contigo, de los pecados de todos los hombres. Por eso organiza mi vida como Tú quieras. Tu Redención se hizo por el dolor. Yo acepto una vida con sufrimientos, con reveses... porque quiero sentirme solidario de los pecados de la Humanidad y de sus consecuencias en los demás hombres.

Andrés, guitarra bajo de un conjunto: Bueno, Señor. Reconozco que he pecado contra ti. He vuelto a emborracharme. Tú sabes que no hice mal a nadie y no quise hacerlo. Pero lo reconozco.

Dña. Insulina: Señor, y yo ¿qué pecado he cometido para que mi hijo haya nacido con la columna estropeada? No logro saber cuál es mi pecado para reconocerlo ante ti.

Ernesto, empleado de una librería: Ahora, al acabar la Misa, iré por los pasteles. Que el partido comienza muy pronto. ¡Mira que si volvemos a perder!

D. Germán, lleno de complejos: A mí esto de hacernos reconocer nuestros pecados en silencio me parece bien. Por lo menos una vez a la semana caemos en la cuenta de que muchas cosas las hacemos mal. Claro que sólo dos minutos. El sacerdote debería estar callado mucho tiempo para que, al menos algunos, examinemos por qué hacemos todo lo que hacemos.

Margarita, alumna de COU: Comer un pecado es difícilísimo. Yo no quiero nunca hacer nada contra Dios.



PALABRA DE DIOS:

El P. Ambrosio leyó un texto del profeta Isaías, un trozo de una carta de San Pablo a los Romanos. Y, por fin, en el evangelio de San Lucas, la parábola del fariseo y el publicano:

"Y dirigiéndose a algunos que presumían de justos y tenían en menos a los demás, les propuso esta parábola. Dos hombres subieron al templo a hacer oración: uno de ellos fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano que está aquí. Ayuno dos veces a la semana y pago el diezmo de todos los bienes que poseo. El publicano, por el contrario, quedándose a cierta distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo; y se daba golpes de pecho, mientras iba repitiendo: ¡Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador! Os aseguro que éste y no aquél, bajó justificado a su casa."

La homilía del P. Ambrosio fue muy sencilla. Sus ideas fueron éstas:

Lo importante no tanto son los hechos como las actitudes.

Los gestos y la manera de orar en la parábola, reflejan las actitudes.

Actitud farisaica: satisfacción en la justificación que se concede uno a sí mismo; desprecio de los demás; cumplimiento de una ley como pretexto de justificación (sin ir al espíritu de la ley ni entrar en contacto con el autor de la misma ley).

Actitud del publicano: reconocimiento de pecados reales y situación habitual en su vida, de pecado. Situación desesperada; poner toda su confianza en la bondad y misericordia de Dios.

Repercusiones actuales, en todos los niveles:

Fariseísmo de los ortodoxos: defienden las verdades, desprecian las personas; la verdad que defienden no les justifica; no se les ocurre revisar la verdad de sus verdades.

Fariseísmo de algunos políticos: de-

fienden los derechos del hombre, la libertad de los pueblos; apoyan (por su interés) regímenes políticos que conculcan esos derechos del hombre; no quieren reflexionar sobre su consecuencia.

Fariseísmo de algunos partidarios del orden: defienden el orden que existe como un hecho (y más si está sancionado por una jerarquía religiosa); el orden que defienden no les justifica porque sólo podría justificarlos Dios que no está identificado precisamente con ese orden; no quieren que las cosas sean de otra manera porque han aprendido a sentirse a gusto y en regla.

Una vez más: el que tenga oídos para oír, que entienda. Porque el que no quiere entender...

Algunos de los comentarios más íntimos fueron éstos:

D. Julián, apoderado de un Banco: ¡Ya estamos! ¿Es que será imposible que un cura tenga una homilía sin meterse en política?

Ernesto, empleado de una librería: No cabe duda de que la Biblia requiere cada vez más estudio. Pero ¿por qué tengo yo que hacer caso a la interpretación que me ha dado este señor, si sé que si hubiera ido a otra Misa hubiera oído otra interpretación distinta de la parábola? Jorge, que hizo hace poco la Primera Comunión: Esta parábola ya me la habían explicado en clase el otro día. Nos mandaron hacer unos dibujos y yo pinté al publicano tirado por el suelo en el templo, en un rincón, y al fariseo en el centro, con los brazos muy abiertos hacia arriba y un gorro muy alto.

D. Emilio, secretario permanente de una Asociación religiosa: Las personas valdrán más que la verdad, pero la Iglesia mandó quemar a muchas personas por no aceptar la verdad católica. Yo no sé, cada vez nos estamos armando más jaleos. Es que será imposible que un simple fiel pueda oír alguna vez a Dios a través de su Palabra?

María. Es una mujer que vive con un hombre desde hace ocho años. Tie-

nen dos hijos. No están casados porque él está divorciado. No hay modo de solucionar el problema. Pero su amor y sus hijos son la mayor verdad de su vida. Y su fidelidad es un modelo que imitar: Señor, tú sabes mi situación. Yo también estoy desesperada. Y sólo te pido compasión. Sólo Tú me la puedes dar. Yo lo espero de Ti.

Sor Angela: ¿Seré yo farisea? Me he propuesto observar todas las reglas de mi Congregación y me he obligado con un voto a hacerla. Yo sólo quiero hacer siempre lo que Dios quiere. Pero me gustaría hacerlo hasta en los más mínimos detalles de mi vida.

D. Germán, lleno de complejos: Sólo hay una cosa importante, ser sincero en la búsqueda de Dios. Yo creo que no se puede ser fariseo sin notarlo: cuando uno no quiere revisar sus propias posiciones, cuando se tiene miedo a examinar los porqués de una afirmación que siempre se hizo... puede uno sospechar que su actitud no es muy sincera. Y cuando uno dice todo esto y no se lo aplica a sí mismo, como estoy haciendo yo, entonces peor que peor.

Dña. Isolina, esposa del Director de la Filial del Instituto Masculino: Da gusto oír al P. Ambrosio tan clarito, siempre con aplicaciones tan originales. Y después tan corto. Estupendo, da gusto oírle.

Margarita, alumna del COU: Estas parábolas de Jesús parecen desconcertantes. Parecen cuentecitos para niños, pero cuanto más se piensa en ellas más transcendencia se les encuentra. Casi, esta parábola, sirve para dividir a toda la humanidad en dos tipos de persona. Pero tenemos que reconocer que los que se imponen aquí, en este mundo, son los fariseos y su mundo. Quizás por eso el único final posible para Jesús fue morir a sus manos. ¡Cuántos cristianos estarán dispuestos a lo mismo! Yo tendría que decir que, por ahora no. Quiero un cristianismo auténtico. Para vivir en continuo enfrentamiento...



RELATO DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

La gente se acomoda y hace un silencio más perceptible. Es quizás lo único que en este momento se comunica: el esfuerzo por un silencio. No sé cómo tendríamos que llamarlo, pero probablemente habría que llamarlo: SACRO.

Y pronuncia el sacerdote el relato de la Última Cena: Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre. Haced esto para acordaros de Mí.

Sor Ángela: Este sacerdote con dejar la Hostia sobre el platito no me la deja ver y para decir: "Señor mío y Dios mío" y ganar las indulgencias hoy que ver la Hostia levantada.

Jorge, que hizo hace poco su Primera Comunión: Jesús estaba con sus amigos cuando dijo esto la primera vez. Y al día siguiente le iban a matar.

Margarita, alumna de COU: Primera el cuerpo y después la sangre. Como cuando la Cruz: la sangre separada, derramada.

Lucas, mecánico electricista, reconverso: ¡Qué fuerza tiene la personalidad de Jesús! Desde hace veinte siglos dijo Él que hiciésemos esto para recordarle, y lo seguimos haciendo. En todo el mundo y a todas las horas.

Ernesto, empleado de una librería: ¿Dónde estará la fuerza de la consagración: en las palabras, en los gestos, en la intención del que consagra, en la presencia de una parte de la Iglesia, en que, realmente se quiere hacer un sacrificio...? Antes ponían mucho cuidado los sacerdotes en pronunciar las palabras con todo detalle. Ahora no ponen tanto cuidado en eso.

D. Emilio, secretario permanente de una Asociación religiosa: Ahora se puso sobre el altar el cuerpo glorioso de Jesús y empieza a estar entre nosotros.

Madre de Julito: Julito ¿te fijas? Pon las manos juntas y mira allí, a aquel señor ¿ves aquel platito que tiene

en las manos? ¿Y aquella copa? Pues allí está dentro Jesús. Pon las manos juntas y estate quietecito.

Amalia, quinto de bachillerato: Yo no me acabo de enterar de esto: Antes en el Sagrario ya estaba Jesús. Ahora, además, empieza a estar aquí en este otro pan. ¿Por qué esto?

Andrés, guitarra bajo de un conjunto: Fijándose en los gestos: manos extendidas sobre la copa y el pan. Coger el platillo. Elevarlo. Coger la copa. Elevarla. Arrodillarse. ¿Haría Jesús así las cosas? ¿Por qué el sacerdote estará de pie? ¿Y nosotros?

COMUNIÓN:

Empieza el desfile procesional hacia el comulgatorio. El sacerdote va repartiendo a todos la Eucaristía. Pero, pese a la apariencia de igualdad, las diferencias son muy grandes:

Dña. Magdalena, viuda: Voy a recibir a Jesús y necesito sentirlo cerca, dentro de mí. Sólo así no me siento sola.

Amalia, quinto de bachillerato: ¿Por qué voy a comulgar? ¿Y por qué no voy a ir? Bueno. Voy.

Lucas, mecánico electricista, neoconverso: Me impresionó mucho aquello que me contaron de que en los sacrificios antiguos comer de la carne de los animales sacrificados era participar del dios al que se había sacrificado. Comemos de la carne de Jesús y participamos de su divinidad.

María: Yo quería poder comulgar. Pero mientras no esté casada con el padre de mis hijos no me atrevo a hacerlo. Cualquiera que se enterase se escandalizaría. Ojalá Dios me comprenda. Yo espero que sí. Madre de Jorge: Yo no sé si podré ir a comulgar. No me fijé a qué hora acabé de desayunar. ¿Habrá pasado una hora? No puedo saberlo. Bueno, no iré. Siempre será más segura.

D. Emilio, secretario permanente de una Asociación religiosa: Esta es la vigésimoquinta comunión de este

año. Voy a ver cuántos domingos logro comulgar este año. El año pasado sólo fallé doce.

Julito: Yo no sé qué les darán ahí. ¡Cómo vienen todos de serios! Yo también quiero ir a ver qué pasa allí delante.

Sor Cristina: Jesús: sé que esta vez también me acerco a comulgar porque te necesito. Pero no puedo conmigo misma y me invade la amargura. ¡Señor, déjame gritarte como Tú: Por qué me has abandonado! Y déjame acercarme a comulgar para sentirte hasta físicamente a mi lado, dentro de mí, dando sentido a toda mi amargura.

Andrés, guitarra bajo de un conjunto: Yo debería haberme confesado, pero ya no me dio tiempo. Estoy seguro de que Dios me ha perdonado y ya me confesaré cuando tenga ocasión. Ahora voy a comulgar.

Margarita, alumna de COU: Yo no puedo ir a comulgar: no me siento solidaria con la fe, o con la manera de sentir la fe y la Eucaristía de toda esta gente. Aparte de que no me dice nada eso de sacar hostias ya hechas de un copón. Jesús habló de partir y repartir el pan entre muchos.

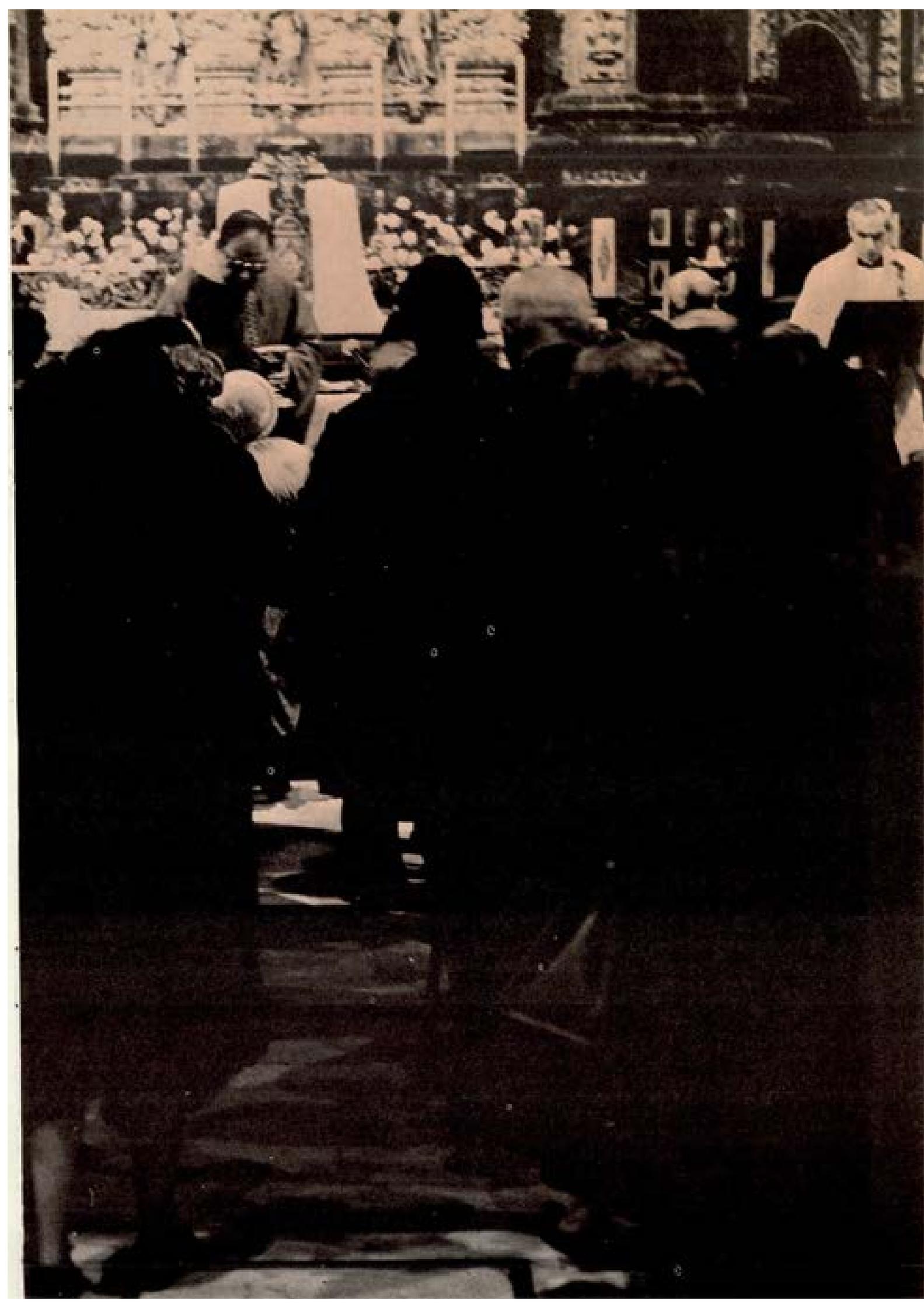
Jorge, que hizo hace poco la Primera Comunión: Es la quinta vez que voy a comulgar. Pero me gustó más las primeras veces, cuando estábamos juntos todos los amigos con el sacerdote. Como cuando Jesús estaba con sus amigos los apóstoles. Pero aquí no conozco a nadie...

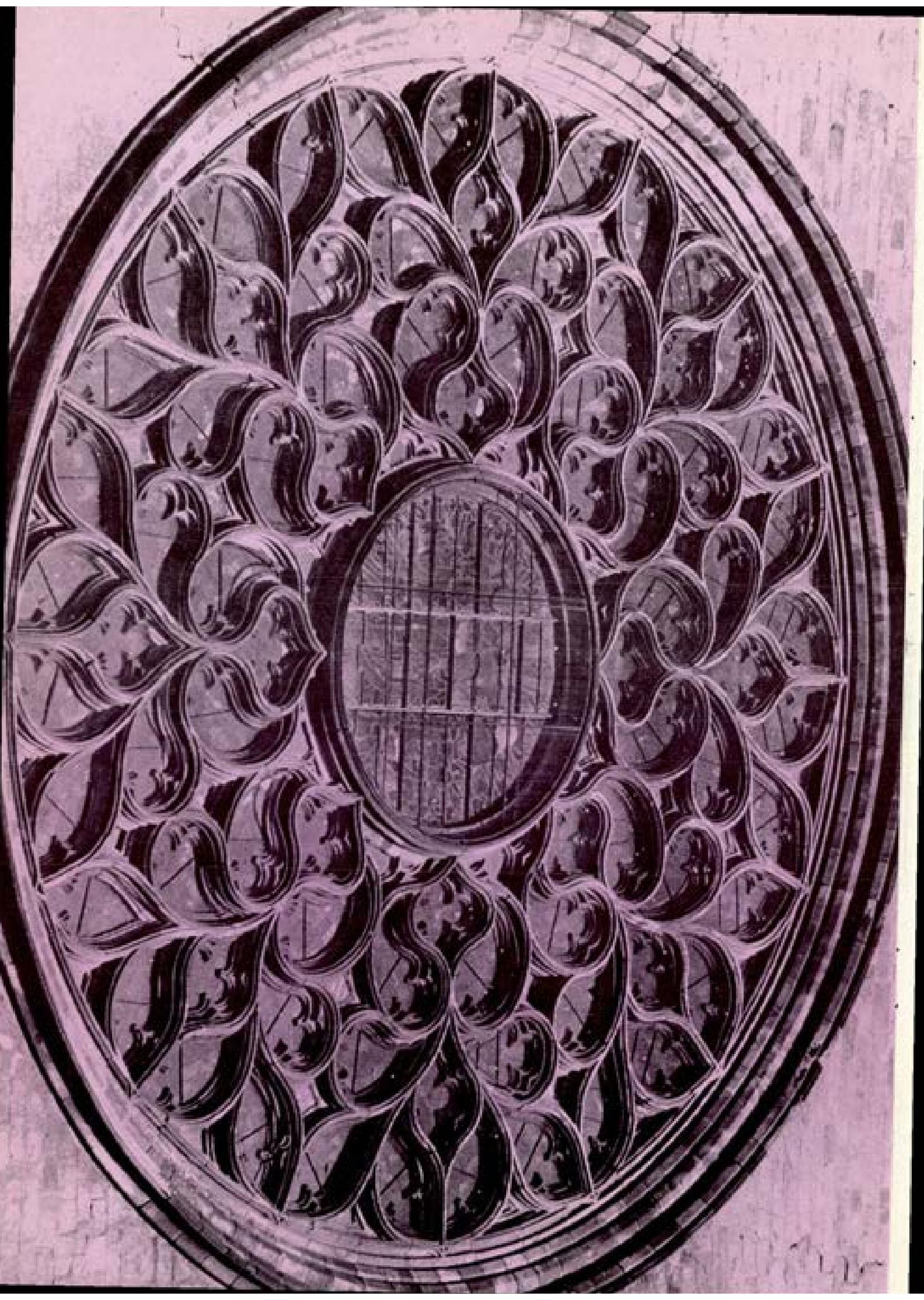
SALIDA DE LA MISA:

El P. Ambrosio despidió a la Asamblea con la bendición sobre los asistentes, sobre sus familias y el trabajo de su semana.

Los asistentes abandonan la iglesia y vuelven a la vida:

Dña. Matilde: ¿Ves, Jorge? Ya hicimos lo más importante del domingo: cumplir con el precepto de la Misa. Ahora a pasar un día conten-





tos. Vamos a buscar a papá y saldremos todos juntos por ahí.

D. Julián, apoderado de un Banco: Bueno, en conjunto se ha mejorado ahora un poco esto de la Misa. Por lo menos se entiende más que cuando la decían en latín. Esto hay que reconocerlo.

Margarita, alumna de COU: Yo me voy insatisfecha de esta Misa. Quizás hubiera sido mejor no haber venido, como discutí antes con mamá. Lo que me fastidia es que, en cambio, todos estos que salen de Misa, vayan tan satisfechos de haber hecho lo que debían. Como si vivir el cristianismo significase vivir una Misa así.

Dña. Magdalena, viuda: Y ahora, otra vez, a encerrarse en casita. Yo no tengo más remedio que hacerlo así, porque si no, lo qué dirían de mí. Pero yo lo que quería es poder seguir tratando a lo largo de la semana a toda esta gente con la que he estado reunida el domingo. Pero ¡qué le vamos a hacer! No es posible.

Amalia, quinto de bachillerato: ¿Dónde están Pilina, Mari y Conchita? Ah, sí, allí me esperan. ¡Qué rabia! Sólo yo voy de maxiabrigo. Si me lo hubieran avisado.

Dña. Isolina: El próximo viernes pienso volver, porque es primer viernes y el P. Ambrosio volverá a tener homilía. No sólo es que me encanta oírle hablar. Es que me enervoriza.

Ernesto, empleado de librería: Voy por los pasteles. No vuelvo aquí. La Misa en gallego es mucho más interesante. La Iglesia, en Galicia, deberá ser gallega ¿no? Hay cosas que suenan un poco artificiales, pero hay que lograr que la gente rece en gallego y oiga la palabra de Dios en gallego.

D. Emilio, secretario permanente de una Asociación religiosa: La única que desentonó fue el matiz político de la homilía. La Misa ha sido correcta y se ha desarrollado con normalidad. Ya va siendo imposible oír la Misa con tranquilidad.

Lucas, mecánico electricista neacon-

verso: Y ahora a mejorar el mundo con mi trabajo, con el ideal de vida contagiado a los demás, y con la amabilidad, especialmente con los que requieren mi trabajo. Me siento contento y dispuesto a una semana intensa de actividad.

Sor Cristina: Volver a vivir. A pequeños sorbos. Lo que vaya llegando. Si pudiese comprender que sufrir es, precisamente, esto que estoy yo pasando. Sufrir con consuelo ya no es sufrir. Quiero lo que Dios quiera de mí toda esta semana.

OBSERVACIÓN FINAL:

Hacer una apreciación ahora no sería demasiado difícil. No del cristianismo de los asistentes a esta Misa. Únicamente de su manera de vivirla o de integrarse en ella.

Sin hacer un análisis demasiado detallado, podríamos observar: desde el aferrarse a la letra de la ley, el minimismo en el cumplimiento religioso, el folklorismo, hasta unas actitudes de búsqueda, de aplicación sencilla y lógica de lo que les enseñaron. Desde una superficialidad en el empleo del lenguaje religioso (palabras, gestos, ritos) hasta una autenticidad, heroísmo, buenos deseos, devoción sencilla o devoción exaltada. Todos estos elementos tendrían que verse reflejados en una evaluación del modo cómo este grupo vivió la Misa dominical. En cambio, atendiendo a los ajustes personales en el grupo hemos visto casos claros de Racionalizaciones, Posturas Negativas, Compensatorios, Personas que desplazan los valores religiosos a sus valores colaterales, Idealizaciones, Agresividades, Identificaciones y Transfers afectivos... (Ver el número 25 de PM: "¿Cómo funciona la persona individualmente y en grupo?"). Todos esos elementos y reacciones que son la verdad de nuestras vivencias. Que muchas veces son el tono psíquico de una auténtica vivencia religiosa, pero que no pocas veces la desplazan o la sustituyen provo-

cando el engaño, o por lo menos el equivoco.

No nos importaría tener que decir que el resultado de esta evaluación no haya sido demasiado lucido. Quizás lo que nos quede por saber es si es lo suficientemente real. Al presentarles esta técnica de evaluación les invitamos a esa última apreciación: si esto es una realidad ¿hasta qué punto es frecuente en nuestros ambientes?